

# Un gran escultor colombiano

## José Domingo Rodríguez

Escribe: JORGE MORENO CLAVIJO

Existe en Bogotá una talla monumental, ejecutada en granito negro, que representa a una mujer desnuda y sentada sobre sus piernas; los brazos cubren el pecho y las manos se posan suavemente sobre los hombros, recibiendo al mismo tiempo el mentón de esa cabeza que pudorosa y agobiada mira hacia abajo. Una obra soberbia que viajó al extranjero y conoció los más encendidos y apenas justos elogios. En nuestro país recibió un primer premio en salón oficial. "La Angustia", tal es su título, constituye pasaporte a la inmortalidad para José Domingo Rodríguez, el escultor boyacense —Santa Rosa de Viterbo— que pese a tener en su hoja de servicios muchos y muy importantes monumentos, logró en la obra que encabeza estas líneas, su indiscutible clímax de creador.

José Domingo acaba de morir en Macuto, la playa venezolana —a menos de una hora de Caracas— acariciada por las olas del Caribe, donde también muriera otro gran artista, Armando Reverón, el genial pintor que después de vivir una juventud de bohemia elegante y rumbosa en el París anterior a la primera guerra mundial, fue a refugiarse en esas doradas arenas, cuando el hastío del discurrir caraqueño y su razón tambaleante lo obligaron a buscar la soledad.

Nuestro compatriota había ido a vivir a Venezuela en busca de mejores horizontes para su arte. Ya en el atardecer de su vida fue a radicarse en un país hermano donde seguramente encontró su arte la acogida que merecía. No sabemos exactamente el derrotero de sus pasos allí, porque desde que dejamos de tener contacto con él en las calles bogotanas, en el café donde se comentan los últimos sucesos del mundillo artístico en las exposiciones donde su figura era siempre acatada, de los periódicos su nombre desapareció hasta el instante en que las primeras planas notificaron su deceso y se le regalaron generosamente veinte años más de vida al puntualizar su fecha de nacimiento.

Con Rodríguez se marchó el último exponente de una generación de artistas que consiguió su prestigio a base de idoneidad, de estudio tenaz, de autocrítica severa. No importa que sus puntos de vista hoy nos resul-

ten anacrónicos y sus cuadros hayan perdido buena parte de su vigencia. Lo esencial y respetable es que fueron honestos con ellos mismos y con el público al que le mostraron aquello que siempre respondió a la verdad, al recóndito fondo de su ética profesional.

Ellos todos estudiaron en España y aprendieron al lado de quienes más sonaron después en tierras europeas. Se trajeron, es cierto, muchos de los defectos de la peor academia y siguieron los pasos de los miles de latinoamericanos que creyeron en la España de pandereta y en el dudoso buen gusto de la época. Arribaron a este altiplano con sus manolas y sus gitanas pintadas impecablemente. Eran Miguel Díaz Vargas, Domingo Moreno Otero, Félix María Otálora, Marco Tulio Salas Vega, Eugenio Zerda y José Domingo Rodríguez. Ya viajaron todos en su edad madura, cuando son benéficos determinados aspectos del Viejo Mundo, pero también las antenas de la aprehensión están un tanto desgastadas y son muchos los detalles que se escapan. Además, con criterios ya formados y resabios conceptuales enquistados, es difícil sacar de esos viajes el provecho que aportan en todos los aspectos cuando son hechos en pleno vigor juvenil y el corazón es tierra abonada para toda nueva semilla.

Muchos de ellos, y en esto radica el más caro de sus méritos, fueron en su obra realizada aquí, fieles a Colombia, a sus regiones, dejando en las telas documentos que no podrán ser ignorados al hacer un balance imparcial del arte colombiano del presente siglo. Sus mercados de tierras frías y calientes, sus aspectos costumbristas y las cabezas de estudio donde pueden encontrarse, y en forma inmejorable, los mejores atributos de las razas que habitan los departamentos del interior colombiano, deberán ser estudiados a espacio no simplemente en su aspecto documental sino como certificado de oficio, de quehacer artesanal, porque en el aspecto técnico, puede asegurarse que las telas y las esculturas que esos maestros pintaron y tallaron, resistirán victoriosamente el paso de los años.

José Domingo Rodríguez fue el maestro de tres generaciones por lo menos, en sus treinta y tantos años de cátedra, porque su familiaridad con la Escuela de Bellas Artes se remonta a los años en que esta funcionaba en La Enseñanza, es decir, el sitio en que después se levantó el horrible edificio que por muchos años ocupara el pomposamente llamado Palacio de Justicia que desapareció el nueve de abril, hace exactamente veinte años.

Después fue profesor en todas las destartaladas casas ocupadas por la andariega institución: calle diez, calle dieciocho, los claustros de Santa Clara, hasta parar en su sitio definitivo de la ciudad universitaria, donde el maestro completó los lustros necesarios para adquirir el derecho a la modesta pensión vitalicia. Un tiempo más y, merced a las vinculaciones que con tierras venezolanas tiene una de sus hijas casadas, el traslado a otros ambientes donde la muerte ha sorprendido, en plena labor creadora, a uno de los pocos escultores dignos del nombre que ha producido nuestro subdesarrollado país.